

que y sacrosantos zotesen ab di al renancia edmsi
 despues de haberse bendicho en la tierra longa
 mos la inestimable dicha en compaña de vna
 santissima madre de los coros angélicos y de todos
 los bienaventurados y aboras en
 la gloria por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DE

NUESTRA SEÑORA DE COVADONGA.

Memoria mea in generationes sæculorum.

Mi memoria viene perpetuándose en todos los siglos.

Eccli. cap. XXIV, v. 28.

Non fecit taliter omni nationi.

Con ninguna otra nacion ha mostrado tanta prodigalidad.

Ps. CXLVII.

Digan lo que quieran los émulos de nuestras glorias nacionales, ello es, mis señores, que España ha ocupado siempre por disposicion de la Providencia un lugar distinguido entre todos los pueblos de la tierra. Mil monumentos elevados en todos los puntos de nuestra península, son otras tantas demostraciones de esta verdad que nos es tan consoladora. Si remontamos nuestra consideracion á los antiguos tiempos, la veremos envidiada del fenicio y del griego. España, poderosa por sus riquezas, dotada de un clima benigno y de un suelo feraz, supo resistir á las águilas romanas y á los obstinados esfuerzos de Cartago. La Providencia en sus altos designios incomprensi-

bles á la menguada inteligencia humana, permitió que un día fuera presa del audaz sarraceno y que las inmundas ceremonias del Koran sustituyesen en nuestros templos á los sagrados misterios de la religion verdadera. No era ciertamente que Dios hubiese abandonado esta nacion, llamada á ser modelo de catolicismo. Tal vez fué un justo y merecido castigo ó un medio para que mas resplandeciesen despues los grandes y extraordinarios favores con que el Señor nos habia de engrandecer en los futuros tiempos. Podemos decir, y no haremos en ello mas que repetir la idea enunciada por muchos piadosos escritores, que la España estaba destinada por Dios para que fuese el patrimonio ó la heredad predilecta de la Santísima Virgen; de aquella criatura singular que tanta parte tomó en la Redencion de la humanidad.

Si algun incrédulo se sonriese al oirme hablar de esta manera, yo llamaria su atencion hácia aquella columna que se eleva majestuosa en las orillas del Ebro, sobre la que se encuentra la imagen de María, que un dia viviendo aun en carne mortal holló aquel sitio con sus plantas. Desde aquel lugar y desde aquel dia datan nuestras glorias religiosas. La memoria de esta Virgen sin mancilla debia perpetuarse de generacion en generacion, á través de los siglos: *Memoria mea in generationes sæculorum*; pero mas que en ninguna otra parte; en nuestra España, por lo cual nos hizo objeto de una proteccion tan extraordinaria cual jamás esperiméntó ninguna otra nacion sobre la tierra: *Non fecit taliter omni nationi.*

El hecho que hoy conmemoramos y que motiva los presentes cultos, es una prueba mas que suficiente para convencernos de la particular proteccion de la

Madre de Dios á nuestra patria. Ella hizo temblar al islamismo, quebrantó las cadenas de nuestra opresion, y salvó nuestros más caros intereses. Patria, independenciá, monarquía y religion, todo fué salvo por María. Por esto la presente solemnidad es religiosa y patriótica: en ella van íntimamente unidos los intereses de la religion y de la patria. Y cómo nuestros pechos no han de rebosar en las más dulces expansiones? ¿Cómo no hemos de cantar himnos de bendicion y entonar loores en gloria de la divina Judith, que cortó la cabeza al Holofernes que nos tenia cautivos? Sí, hermosa israelita; no seríamos dignos hijos de la España, si nos olvidásemos de los grandes favores que os debemos, y de los innumerables beneficios que nos habeis dispensado. Pégúesenos la lengua al paladar antes que dejemos de cantar vuestras alabanzas y de bendecir vuestro nombre. En Covadonga se realizaron vuestras promesas hechas al afortunado hijo del trueno en las orillas del Ebro. De Vos recibió el valor el inmortal Pelayo, que luchando al lado de unos pocos valientes hasta el heroismo, supo poner los cimientos á una monarquía, donde habia de reinar por siglos la unidad católica, y donde Vos, Virgen Inmaculada, habiais de ser amada hasta el delirio. María, mis señores, salvando nuestra nacionalidad por el auxilio que prestó á Pelayo, hizo que su memoria se perpetuase con regocijo entre nosotros á través de los siglos y de las generaciones: *Memoria mea in generationes saeculorum*; dispensándonos una proteccion superior á la que han experimentado las demás naciones de la tierra: *Non fecit taliter omni nationi*. Ved aquí lo que voy á demostrar en la primera parte

del discurso. Este hecho memorable debe alentar nuestra confianza en que nos seguirá favoreciendo en adelante si nos hacemos dignos de su proteccion. Esta será la materia de la segunda. El todo de mi oracion nos hará comprender que María es el ángel de salvacion de nuestra España. ¡Ojalá me fuese dado en este dia aumentar el fuego de la devocion que como cristianos y españoles profesais á la Santísima Virgen! Esta sería la mayor recompensa de mi trabajo. Para que así sea, imploremos la proteccion divina por la intercesion poderosa de la misma Señora, saludándola con el mayor afecto de nuestros corazones: *Ave María*. PRIMERA PARTE. Salve, España, amada patria mia! Salve, nacion grande, magnánima, generosa y la más favorecida de la tierra! Sea permitido al último de tus hijos saludarte en este dia de vuestras glorias y pedir para tí al cielo copiosas bendiciones. ¿Quién será el atrevido que pretenda oscurecer tus timbres, negar tus triunfos, eclipsar tus glorias? ¿Quién podrá borrar lo que refiere la historia, lo que nos cuentan nuestras tradiciones, lo que está consignado en multitud de monumentos? Nada importa que escritores extranjeros impulsados por la envidia hayan mojado sus plumas en acibar, queriendo hechar un borrón sobre nuestros preclaros timbres. Nosotros nos contentamos con compadecer tanta arrogancia. Tal vez, señores, tendré que abusar hoy de vuestra paciencia, excediéndome alguna cosa de los

límites que el uso ha señalado á este género de oraciones; pero me dispensareis no porque os hablo yo que nada valgo sino porque os hablo de María que vale tanto, y porque no he de pronunciar una sola palabra que no ceda en gloria suya y en honra de nuestra patria tan amada.

Busquemos el origen de la protección que España ha experimentado por parte de Dios que rige los destinos de las naciones, y por parte de María. Cuando los Apóstoles se esparcieron por el mundo para hacer resonar en todas partes la trompeta evangélica en cumplimiento de la orden del soberano Maestro, Santiago el Mayor empezó su predicación en la Judea, y allí por inspiración divina, medita la conquista de una nación orgullosa que hiciera frente á los Scipiones, Césares y Octavios, y apenas ha concebido el proyecto, atraviesa al Mediterraneo y llega á nuestra patria para que sea España el teatro de sus grandes triunfos.

La voz de aquel á quien el Eterno llamara hijo del trueno, es escuchada en nuestros pueblos, y en el momento el error se disipa, el paganismo se confunde, y los que yacían en el sueño de la superstición ó idolatría abren su ojos á la clara y refulgente luz de la verdad.

No es nuestra misión en este día seguir las huellas de nuestro Santo Apóstol tutelar, que mas esforzado que los Macabeos corre de una á otra parte para sembrar en todas la semilla evangélica que habia de producir los mas ópimos frutos. Observemos tan solamente aquella magestad con que se presenta qual otro Bautista, á las fecundas márgenes del Ebro, reprendiendo con superior dominio

la libertad desordenada de los grandes, los sofismas de los filósofos, y toda clase de preocupaciones. Allí en aquellas felices riberas se dignó la Madre de Dios visitar al Santo Apóstol y bendecir su predicación. ¡Oh que dicha para la España! La augusta Madre del Divino Verbo, viviendo aún en carne mortal, es trasladada por ministerio de los Ángeles á esta nación venturosa, que cuenta por su mayor grandeza, merced tan señalada y distinción tan singular (1). ¿Qué significado pudo tener señores la singular visita de María? No lo dudeis: que elegia á la España por su pueblo propio y peculiar para que permaneciesen siempre fijos en ella sus ojos y su corazón; quiso que se le edificase un templo en cuyo sagrado pilar habia de ser en todo tiempo nuestra defensora, y el baluarte de nuestras creencias y de nuestra civilización. ¿Y lo ha sido? ¿Se han cumplido estas promesas de María?

Fijemos la vista en el grande acontecimiento que da lugar á la festividad presente. Abramos las páginas de nuestra historia patria, y veremos á María tomando por su cuenta la misión de salvar nuestra independencia.

No quisiera pesara sobre mí la necesidad de ocuparme de acontecimientos de dolorosos recuerdos, ni de traer á la memoria en este lugar los nombres de los Witizas y Rodrigo; pero no podemos prescindir de ello, si hemos de considerar á nuestra amada pa-

(1) Esta tradición tan gloriosa para la España, ha sido objeto de combates por parte de algunos escritores extranjeros; pero esta fuera de toda duda, y el lector entre otras muchas obras que podríamos citar, puede consultar al cardenal Aguirre. *Collect. Concil. Hispan.* Tomo I, Disc. 9 y la *España Sagrada* del P. Florez continuada por el P. Risco. tomo 30 y 31.

tria en el triste estado que presentara en el siglo VIII. Nuestra España que con tanto valor y denuedo habia sabido resistir á los Octavios y Scipiones, que habia sabido resistir á todo el poder de las águilas romanas, y que se hallaba coronada de laureles, cayó en poder de audaces y afortunados enemigos. Habia sido arrastrada por los Witizas y Rodrigos al mayor grado de corrupcion y envilecimiento, y Dios se propuso castigar de un modo terrible el olvido de sus especiales favores. Un numeroso ejército de fieros alarbes, al mando del bárbaro Tarif, entra por nuestros pueblos sembrando en ellos la confusion y el espanto. Heracléa, hoy Gibraltar cae en poder de los mahometanos, que enorgullecidos por su primer triunfo, siguen en sus conquistas, apoderándose de la bella Andalucía, entrando triunfantes en Sevilla. ¡Qué espectáculo tan desconsolador! El alfange africano siembra de cadáveres los campos de Jerez, y en toda aquella comarca dominada ya por los sectarios del falso profeta de la Meca, se vé hollada la fé católica, profanados los santuarios, vilipendiadas las imágenes, perseguidos y muertos los sacerdotes, violadas las vírgenes, y los hijos de aquellos pueblos doblando bien á su pesar la cerviz ante el infiel conquistador, que sigue adelantando en sus conquistas. ¡Oh patria amada! ¡Déjame verter una lágrima al recuerdo de tus pasadas calamidades! El Señor ha hechado por tierra á Israel, dejando que de ella se apoderen los estraños. Patria infeliz, yo podré decir de tí ahora como Jeremías al contemplar su Jerusalem amada: «Como está sentada sola la ciudad llena de gente: ha quedado como viuda la señora de las naciones, y se ha hecho tributaria».

Pero, señores, el Dios de Justicia que ha vertido sobre nuestra patria el amargo caliz de su cólera, ¿se habrá olvidado para siempre de la España? ¿Habrá determinado borrarla del número de las naciones? ¿Vivirá para siempre cautiva entre las cadenas del mahometismo? ¿Y aquella promesa de proteccion hecha por María en las riberas del Ebro? ¡Ah! Que esta promesa habrá de cumplirse necesariamente y en virtud de ella, y no obstante la dominacion sarracena se salvará nuestra moribunda patria. Verdad es que parecia exhalar sus últimos alientos la monarquía goda, que espantado el mismo Rodrigo de tantos horrores como presenciara, huye dejando rodar por el suelo su corona: por todas partes no se vé otra cosa que el estandarte de la media luna, ondeando triunfante allí donde antes se elevara magestuoso el precioso lábaro de la redencion humana, la Santa Cruz; y de la monarquía goda, de la independencia, de la libertad española tan solo quedan escombros y ruinas, que de tal modo confunde Dios el orgullo y la corrupcion de las naciones cuando quiere castigarlas, para que sirvan de ejemplo y de escarmiento á los demas pueblos de la tierra. Apartemos la vista de cuadro tan desconsolador, y veamos como el Señor que no quiso eternizar sus castigos deja entrever sus piedades y misericordias. España estaba predestinada para ser una nacion modelo de catolicismo: su protectorado habia sido confiado por la Providencia á la Santísima Virgen, segun antes hemos dicho, y esta Señora no puede olvidar ni por un momento sus solemnes promesas. Del abatimiento, de la desgracia, de la opresion, se levantará nuestra patria, para volver á ser grande, y que las

demas naciones de la tierra fijen en ella su mirada, envidiándola por la grandeza de sus monarcas, por el valor de sus soldados, por la intrepidez de sus conquistadores, por la piedad de sus habitantes, por la riqueza de su comercio y la feracidad de su suelo. Levanta, pues, tu frente, patria amada: no has sido completamente olvidada de Dios y de María. Divinamente auxiliado un ínclito guerrero cuyo nombre será siempre glorioso en nuestra historia, se dispone á salvar los últimos restos de la monarquía goda. Dirigid, mis señores, vuestras atenciones á las montañas de Asturias. Allí vereis al grande, al inmortal Pelayo, que habiendo implorado la proteccion de María, se dispone acompañado de un puñado de valientes vengar las ofensas hechas á su patria, salvándola ó pereciendo en la lucha. Este invicto soldado es el elegido por la Providencia para poner los cimientos de una nueva monarquía. Dotado de alma grande y generosa, encendido su pecho en el fuego del amor de Dios y de la patria, no teme á la consideracion de las numerosas fuerzas enemigas. A la voz de España y religion, entusiasma á muchos asturianos que se disponen á morir llenos de valor en defensa de tan sagrados objetos. A la prudencia humana, la empresa debia parecer temeraria: pero nada teme el que para defender la causa de la justicia implora el auxilio del Dios de las batallas y pelea bajo los auxilios y la proteccion de la Virgen Madre.

No se halla Pelayo deseoso de propia gloria, ni se decide á pelear mas que por salvar la religion y la patria; ni acomete su empresa sin postrarse é inclinar su cabeza ante aquella de quien espera el

socorro y la proteccion. Animado por tan superior espíritu, corre en busca de las agarenas huestes, las que descubre desde las alturas de Covadonga. ¿Pero qué vas á hacer, oh gran Pelayo? Ese numeroso ejército que ves y que ha logrado dominar á Sevilla, Córdoba, Toledo, Leon y tantas otras ciudades importantes, es demasiado fuerte para que puedas vencerle con tu escaso número de soldados.

Necesario es, señores, que veamos en este hecho la accion de la Providencia. Nada intimida al valeroso guerrero, que combate en nombre de María y por los caros y venerandos objetos de la religion y de la patria.

Trábase el combate, pero el más desigual que puede leerse en la historia de las naciones. Los cristianos eran mil, y cerca de cien mil los musulmanes. Pelayo y sus valientes se defienden á la entrada de la cueva, y una horrible granizada de piedra del campo enemigo llueve sobre ellos. El triunfo se declara por la cruz y los moros en vano intentan subir á la montaña, pues cuantos lo consiguen, caen rodando hasta lo profundo del valle, arrojados por los intrépidos asturianos. ¡Dia memorable en el que se van á decidir los destinos de nuestra patria!

En vano en un momento de tregua, el pérfido obispo Don Opas, el vil vendedor de su rey y de su patria es enviado por el gefe de las tropas enemigas para proponer á Pelayo la rendicion. No: jamás se entregará el que ha jurado vencer ó morir en defensa de la patria. Su respuesta es decisiva; confía en la proteccion de Dios, y si aún el Señor quiere continuar en su justo castigo, está